

## INTRODUCCION.

### I

UN gran pensador de la pensadora Alemania concluye el panegírico de otro gran filósofo, poeta y artista con estas sugestivas frases: "Lessing murió en Brunswick en 1781 *desconocido, odiado y desprestigiado.*" ¿Por qué? preguntará alguno, y el mismo filósofo da esta perentoria respuesta: *allí donde una inteligencia original proclama sus pensamientos se vuelve á encontrar el Gólgota.*"

Muy lejos estoy yo de creerme escritor original y de considerarme acreedor á esos laureles de odios, de desprecios y de persecuciones que sólo deben ceñir la frente del genio; apenas si he logrado conquistar con mis escritos los soeces desahogos de gacetilleros sin conciencia y de traficantes de supersticiones. Pero si es cierto que ni mi sabiduría, ni mi talento pueden llevarme al Gólgota de las persecuciones; si la libertad que

las leyes de mi patria me garantizan me ahorran la gloria del ostracismo jurídico; si no necesito parodiar la conducta de los prudentes pensadores de tiempos de esclavitud intelectual quienes según Serry, (1) "cuando temían la censura " dedicaban su tesis á cualquier Cardenal, el cual " cubría con su sotana roja esas novedades peli- " grosas;" si menos puedo esperar ó temer la gloria de legar á la posteridad aquel sublime y divino ejemplo de abnegación y de perdón que nos ha legado Juan Huse (2) cuando desde la hoguera del martirio y á la vista de una vieja fanatizada que sudaba por llevar un leño más á la hornaza para obtener la indulgencia papal, en vez de irritarse contra esa brutalidad católica exclamó con dulce acento de perdón *Oh sancta simplicitas!*; si ninguno de estos peligros, así como tampoco los honores consiguientes, corresponden al autor del presente libro, no por eso es menos necesario explicar á las almas timoratas, á los espíritus estrechos, á los hijos de la rutina y de la tradición por qué me he permitido en los *Prolegomenus* de una obra dedicada *exclusivamente* al estudio del derecho *positivo*, esto es, de la *legislación positiva mexicana*, abordar problemas de alta filosofía, de historia y aun teológicos turbando sin

(1) Hist. c. 148

(2) César Cantu atribuye erróneamente esta frase á Gerónimo de Praga en el tomo III, página 890 de su historia; pero véase *Les Apotres de Renan*, pág. LI y Heine, *Alemania*.

necesidad aparente el tranquilo sueño de las conciencias que duermen arrulladas por la triste salmodía de plegarias cuyo sentido se ha evaporado, no quedando sino el maquinal murmullo de labios inconscientes.

Y bien, he abordado esos problemas, porque las exigencias del programa noble y levantado de esta obra, los reclamos científicos de la época y una ley fatal de mi carácter han puesto inexorablemente bajo mi pluma esos trascendentales problemas de filosofía y religión que debaten hoy los grandes pensadores.

## II.

Mi propósito al emprender el estudio de esta obra cuyas vastas proposiciones exigen todavía algunos años de labor, no es simplemente aumentar el número de *tratados* (ya abultadísimos en la literatura jurídica) que sirven de arsenal á las chicanas de los curiales, á los sofismas de los Jueces y á los eternos embrollos del foro; no, mi propósito es precisamente obtener un resultado contrario, ó á lo menos diferente del que han producido y seguirán produciendo las incontables monografías de todos los derechos. Me propongo, es cierto, recorrer en mi estudio expositivo y en una serie de obras toda la legislación de México, desde los principios fundamentales:

### I. Del *Derecho Internacional y Constitucional*,

hasta los últimos reglamentos de policía, pasando como es lógico y necesario, por el estudio y exposición:

II. Del Derecho *Político-Administrativo*, comprendiendo las leyes reglamentarias ú orgánicas del *Poder Legislativo*, del *Poder Ejecutivo* y del *Poder Judicial*.

III. Del Derecho *Social* comprendiendo: el *derecho público-declarativo* ó sea las leyes que definen las libertades del individuo respecto del Estado: el *Derecho penal*; el *Derecho Civil*, abarcando así toda la legislación mexicana bajo el método explicado en el párrafo final del segundo tomo de la presente obra; me propongo, repito, realizar ese inmenso programa, si la duración de mi vida me lo permite, pero me propongo realizarlo bajo la inspiración de criterios más elevados y comprensivos que los que alientan comunmente á los expositores de jurisprudencia ó de derecho positivos.

Mi propósito es llegar al alma del derecho y al alma de los profesores de derecho; al alma del *Derecho* considerándolo no como un ruín oficio de lucro mercenario, ó como un arte de bien disputar, sino como la *expresión natural*, la *manifestación consciente*, la *ecloción histórica* de esa sublime, divina y consoladora *ley de la Evolución*, según lo que el *Derecho* es uno de los más altos agentes de la vida suprasensible del hombre; es el agente que fundiendo, encausando, cristalizando en de-

cálogos y códigos venerandos las luchas, los ideales, los esfuerzos, las vacilaciones y las victorias de la naturaleza espiritual sobre la naturaleza animal del hombre, encierra en sus fórmulas, revela en su lenguaje, traduce en la augusta palabra de *Justicia* todo ese esfuerzo, ese supremo y último esfuerzo de la *Vida Universal* que en eterna y divina gerarquía ha comenzado en la nebulosa hasta producir y elaborar ese misterio sublime de la naturaleza llamado *Conciencia Humana*.

Y ciertamente lo que la filosofía moderna llama *evolución* no es otra cosa que *la ley de la vida*, la ley de la *existencia*, el problema del *ser* ó *no ser* (*to be or no to be, that is the question*.) (1) no sólo respecto del hombre, de la sociedad y del género humano, sino respecto del universo entero. El progreso es la lucha por la vida; la evolución es el tránsito de la existencia informe, borrosa y embrionaria á la existencia concreta, individual y enérgica; nacer, es arrebatarse al monótono océano del cosmos sus secretas fuerzas para conquistar vida propia, es poner en acción, concentrándolas y combinándolas, las fuerzas dispersas y neutralizadas de la materia en estado caótico.

Por leyes misteriosas se condensan en el seno del infinito las energías cósmicas, y comienza el génesis de las nebulosas; en el seno de las nebulosas la mecánica celeste engendra el gigantesco

(1) Shakspeare—Hamlet.

trabajo de integración sideral, y las constelaciones y los soles inauguran su vida en las trayectorias inmensurables del espacio; los soles pierden partículas incandescentes de sus masas de fuego y de luz, y la familia planetaria comienza el rítmico movimiento de su vida soberana; y el calor y los movimientos planetarios se transforman en granitos seculares ceñidos por immaculados sendales de nieve, y los humedecidos granitos se transforman en plantas de variedad indefinible, y á las plantas sucede la formidable invasión de seres vivientes, parásitos del mundo vegetal; ¿y después?

Después aparece *El Hombre*, como el último (1) heredero de esa labor eterna del universo; de esa lucha infinita de la existencia por encarnarse en formas cada vez más elevadas, más delicadamente complejas y más intensas en sus energías.

Y el hombre es la más alta intensidad de la existencia conocida; en su cerebro arden los átomos inflamados de los soles, circulan todas las savias del inmenso laboratorio del globo, y viven todos los infusorios del mundo animado; en su pecho palpitan los instintos; las pasiones, las tristezas, los dolores y las esperanzas de todos los seres que sienten, desde el gemido solitario de la alhondra hasta el rugido soberano del Rey de las selvas; ¿y en su cerebro? ¡Ah! en su cerebro todas

(1) En tanto que especie; no como individuo.

esas fuerzas del universo concentradas en haces de luz han engendrado por misteriosas combinaciones la más sublime manifestación, la más intensa energía de la *existencia*, la más profunda expresión de la *vida*, la facultad creadora. Sí, el cuerpo humano es la síntesis de todas las combinaciones de la materia; pero el espíritu humano es la síntesis de todas las *fuerzas* latentes del universo; y las tempestades de los ciclos y las tempestades del océano apenas son débil trasunto de las tempestades sombrías que se agitan en el alma del hombre, en el alma de las sociedades, en el alma del género humano.

Dejemos, pues, la tragedia cósmica que engendró las nebulosas, la tragedia mecánica que engendró á los astros en las nebulosas, la tragedia geológica que engendró á los seres vivientes en los planetas, y contemplemos el drama sublime del espíritu humano, estudiemos esas tragedias seculares de la facultad creadora del hombre que han anunciado el alumbramiento de su vida moral, de su vida social, de su *Vida Jurídica*.

### III.

Así como hay generaciones de hombres, hay generaciones de ideas, de creencias, de sentimientos y de instituciones.

La lucha de la especie humana por su existencia material se refleja en esa triste é inevita-

ble desaparición de las generaciones caducas que tienen que abandonar el escenario de la vida después de haberla transmitido más rica, vigorosa y variada á las nuevas generaciones. La lucha por la vida del espíritu se refleja en el abandono inevitable de los viejos ideales y en el apasionado fanatismo por las nuevas creencias, que, sin embargo, tienen su filiación histórica, su generación espiritual en las caducas doctrinas abandonadas sin piedad. Es triste morir; pero sólo á costa de ese holocausto de los individuos en el altar funerario del pasado pueden vivir las nuevas generaciones y puede perpetuarse la vida de la especie; es también tristísimo el último crepúsculo de las ideas y de las instituciones, y no conozco en la historia día más luctuoso que aquel en que el pueblo judío contempló atónito, contra lo que esperaba de las promesas infalibles de Jehová, su templo destruido, su tabernáculo profanado, sus levitas dispersos y la Santa Ciudad de Sión entregada á las abominaciones del culto de Júpiter y de Venus; ó de aquel otro día nefasto en que los Senadores y los Sacerdotes de la antigua Roma arrojaron *desde lo alto del Capitolio la corona de verbena y el tirzo de oro* (1), último símbolo del moribundo paganismo.

Pero estas tristes agonías del vengativo Jehová del Sinaí y del Júpiter Olímpico no conmo-

(1) Palabras de Castelar.

vieron al mundo, sino cuando la Academia de Alejandría heredera de las más altas concepciones de la filosofía griega y el Senáculo de Jerusalem, heredero de los más puros ideales del profétismo hebreo, llegaron á fundirse en el nuevo Verbo de la doctrina cristiana.

#### IV.

Tribus errantes, hordas salvajes diseminadas escasamente aquí y allá en la inmensa superficie de la tierra agotan su energía puramente animal en defenderse de una naturaleza hostil y agresiva que por todas partes les amenaza, en vencer con rudos y mezquinos instrumentos el ataque mortal del megaterio ó del rinoceronte primitivos, y en arrancar á una vegetación lujuriosa, pero envenenada, escaso y grosero alimento. Así comenzó la humanidad; así nos la revelan sus reliquias seculares conservadas en las catacumbas geológicas y descifradas por la incansable labor de la antropología. ¿Qué habría sido de la especie humana si aquellas primitivas hordas en su lucha desesperada por la existencia no hubieran acrecido constantemente el número de sus individuos? ¿Cómo esperar ese prodigioso desenvolvimiento de la vida material que hoy late con intenso aliento en el ritmo soberano del émbolo y del vapor, que se desborda en los cen-

tenares de naves que inundan los golfos, que circula en las profundas arterias de Mont-Cenis, de Corinto y de Suez, que al defenderse amenaza con los estruendos aterradores de Metz y de Sedan y que palpita en las pulsaciones febriles de los cálculos bancarios y de las batallas bursátiles? ¿Cómo esperar esa orgía de vida, de aquellas desnudas hordas acosadas por todas partes de ataques sin tregua y de enemigos sin piedad? Ha sido necesario *crecer y multiplicarse* para salir vencedoras en esa epopeya de la existencia; ha sido necesario que por el reclutamiento perpetuo de nuevos seres creciendo la primitiva legión humana, las tribus se transformen en clanes sedentarios, los clanes se multipliquen para engendrar los pueblos, los pueblos se agrupen para formar las grandes nacionalidades, y las nacionalidades mismas aspiren á federarse bajo el arco-iris de la alianza de la solidaridad humana.

Pues no de otra manera la vida espiritual, que es la verdadera vida del hombre, ha necesitado que *nazcan y se multipliquen* nuevas ideas, nuevas creencias, nuevos sentimientos; y por eso los instintos de la horda se transforman en los groseros mithos del clan, y los groseros mithos del clan en teogonías de los pueblos agrupados al rededor de un altar común, y las teogonías en códigos religiosos que sintetizan el sentimiento de la nacionalidad, y los sistemas teológicos engendran la crítica filosófica y científica que aspi-

ra á *unificar* el espíritu humano en esa mesiánica Trinidad: de *Ciencia* que es la vida del cuerpo, de *Arte* que es la vida del corazón, y de *Filosofía* que es la vida del espíritu y el dintel misterioso del infinito.

Y así como toda la especie humana estaba en gérmen en aquellas escasas hordas perdidas en algunas ignoradas ondulaciones de las formidables cordilleras del Asia, así todo lo que hoy posee la humanidad de grandioso, de noble y de variado en su vida material, científica y religiosa, estaba en gérmen en aquellas tristezas de las primitivas razas, en aquellas vagas é inquietas aspiraciones hacia un destino desconocido, en aquellos símbolos hieráticos cuyo enigma debía ser descifrado en muy lejano porvenir.

No bastaba, no, que el globo se hubiera henchido de hombres; era necesario henchirlo de ideas; era preciso que la sed de progreso, es decir, el ansia por la vida del alma, lo envolviese en un inmenso anillo de luz intelectual, como la sed de riqueza lo envuelve en la guirnalda eléctrica del cable trasatlántico. ¿Y quién podría contarnos la epopeya sublime de las primitivas evoluciones del espíritu humano, aquellas catástrofes en que sucumbieron las anarquías de los instintos brutales del salvaje ante los temores de groseros fetiques, y luego cuando el fetique era vencido por el simbolismo de mithos menos groseros, y después cuando los mithos eran expulsa-

dos de la conciencia social por los oráculos misteriosos del arúspice, y después cuando el arúspice era arrojado del altar por la hierática mano del docto sacerdote y de la inspirada sibila? Nosotros sabemos de qué manera la síntesis mesiánica del mundo antiguo se condensó un día solemne en el alma divina de Jesús para crear el cristianismo; de qué manera el individualismo enérgico de una raza se encarnó en el alma de Lutero (1) para detener en el más crítico momento de la historia los avances *brahamánicos* del catolicismo próximo á petrificar la civilización europea en el charlatanismo escolástico; de qué manera la risa de Voltaire y los romanticismos de Rousseau se fundieron, como en un horno, en el cerebro de la convención francesa para romper los hieráticos y seculares pergaminos del derecho divino de los Reyes y escribir el dogma humano de la soberanía de los pueblos. Pero ignoramos cuál fué el Hércules que arrancó de su vida salvaje á las primitivas hordas para agruparlas en torno de un santuario y de un hogar; ignoramos cuál fué el Pontífice que consagró los primeros ritos é inmoló las primeras víctimas en el despertar religioso del espíritu humano; ignoramos cuál fué el Legislador que trazó las primeras fórmulas de la justicia y de la vida civil. La leyenda, la mitología y la fábula cubren con tupi-

(1) Véase Haine.—*Alemania*.

dísimo velo aquella profunda noche de los comienzos de nuestra historia, y apenas si la incierta luz de enigmáticas inscripciones, el eco vago de lejanas rapsodias, y esos viejos fósiles sociales de la primitiva humanidad, esos pueblos salvajes de hoy, retardatarios en el curso de la civilización, nos permiten entrever el drama inicial del progreso humano.

Adivinamos que la lucha fué terrible, larga, sin tregua ni descanso; adivinamos que para llegar desde el grosero pedazo de obsidiana á las maravillas de la mecánica industrial, desde la chispa brotada al choque de dos guijarros hasta el *fiat lux* de Edison y de Woltta, desde la flecha y el frágil tronco de árbol ahuecado, hasta las epopeyas formidables de Navarino y Aboukir, desde el ruin trueque de pieles y de conchas marinas hasta la metafísica fuduciaria del papel moneda y del billete bancario, desde la rudimentaria aritmética de los dedos hasta las audacias enigmáticas del cálculo de Newton y de Leibnitz, desde la humilde genuflección ante el Dios sol hasta la imperiosa palabra de Galileo, de La Place y Kepler trazando á las nebulosas y á los mundos sus elipses y sus curvas invariables; adivinamos que para recorrer esta parábola gigantesca de la civilización han de haberse librado muchos combates contra la naturaleza, muchas batallas contra las supersticiones, desafíos á muerte con-